GÉNERO Y CAMBIO TECNOLÓGICO: RENTABILIDAD ECONÓMICA Y POLÍTICA DEL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN DEL MONOPOLIO DE TABACOS EN ESPAÑA (1887-1945) *

LINA GÁLVEZ MUÑOZ

University of Reading

RESUMEN

Este artículo analiza la gestión privada del monopolio de tabacos español por parte de la Compañía Arrendataria de Tabacos (CAT) introduciendo el género como categoría de análisis. Se trata de determinar qué diferencia supuso el uso de mano de obra femenina en la modernización llevada a cabo por la CAT que en 1887 era el mayor empleador industrial del país, y que mecanizó los talleres de producción y redujo durante su gestión la mano de obra en casi un 70 por 100 sin traumatismos aparentes. Se demuestra cómo características atribuidas a la mano de obra femenina como el menor coste, la baja o tardía militancia sindical y sobre todo la flexibilidad en el tiempo de trabajo, fueron elementos esenciales para explicar el sistema tecno-laboral impuesto por la CAT y la rentabilidad económica y sobre todo política de su gestión.

ABSTRACT

This article analyses the private management of the Spanish Tobacco Monopoly by the Compañía Arrendataria de Tabacos (CAT) from a Gender perspective. What difference did female labour make in the modernisation process carried out by the CAT? This company which in 1887 was the biggest single industrial employer of the country, slowly mechanised the workshops and reduced the workforce by a 70% during the period of its management (1887-1945). This article shows how a number of factors attributed to women's work, such as smaller labour costs, low degree of unionisation and high flexibility were essential in explaining the techno-labour system implemented by the CAT, and the economic and political profitability of its management.

* La autora agradece los comentarios recibidos por parte de Alfredo Huertas Rubio, Ángel Kwolek-Folland, Santiago López, Carmen Sarasúa y Jesús María Valdaliso, y asume total responsabilidad sobre los errores cometidos.

En 1884, el empresario norteamericano James B. Duke adquirió la patente de una máquina para producir cigarrillos inventada por James Bonsack en 1881¹. Entonces se estimaba que la Bonsack Machine podía producir al día unos 125.000 cigarrillos, que, comparados con los 3.000 diarios que los trabajadores más rápidos podían llegar a realizar, suponía, teóricamente, un drástico incremento de la productividad. Este incremento unido a las posibilidades de estandarización y de empaquetado del nuevo cigarrillo mecánico y el uso que de la Bonsack Machine hizo Duke y la American Tobacco Company acabaron revolucionando la industria del tabaco a nivel mundial e identificando en la historiografía lo que era un antiguo sector industrial en muchos países como España, con una «nueva industria» típica de la Segunda Revolución Industrial, sin distinguir las más de las veces entre los cigarrillos y el resto de productos con sistema de producción y comercialización diferentes. Sólo tres años después, en 1887, la gestión del monopolio fiscal de tabacos español dejaba de estar directamente en manos de la Hacienda y pasaba a una compañía privada, la Compañía Arrendataria de Tabacos (CAT), que se convertía en ese momento en la gestora de un 12 por 100 de los ingresos ordinarios del Estado y con más de 30.000 trabajadores, más del 95 por 100 mujeres, distribuidos en diez fábricas, en el mayor empleador industrial del país. El objetivo del arriendo y labor principal de la CAT era modernizar la industria tabaquera para aumentar la rentabilidad y al mismo tiempo, la recaudación fiscal. Esta compañía estuvo al frente de la Renta de tabacos hasta que en 1944 el Estado decidió cambiar las bases del arriendo y le sucedió Tabacalera en 1945². Gracias a la modernización tecnológica y de gestión impuesta por la CAT la rentabilidad y la recaudación media aumentaron bajo su gestión³. Igualmente, aunque la mano de obra se redujo en este período en casi un 70 por 100, esta transformación fue lenta, cautelosa, y sin traumas aparentes, como convenía a una empresa que gestionaba un

¹ 1884 es la fecha recogida por Chandler (1990), p. 63, mientras que Alford (1973) mantiene que Duke ya instaló las máquinas en 1883, el mismo año que Wills logró un acuerdo con la Bonsack Machine Co. para asegurarse la utilización exclusiva de la patente en el Reino Unido.

² La CAT era una sociedad anónima de capital privado cuyo principal accionista era el Banco de España. En 1944, el Estado decidió no renovar el contrato a la CAT y establecer unas nuevas bases para el arriendo del monopolio en el que la compañía arrendataria fuera una compañía mixta con amplia participación estatal en su capital. Como consecuencia desapareció la CAT y se fundó Tabacalera en 1945 con un 47 por 100 de capital estatal.

³ Comín y Martín-Aceña (1999) han señalado que el producto líquido para el Tesoro pasó de 90 a 100 millones de pesetas entre 1887 y 1900; en 1930 esa cifra era ya de 301 millones.

monopolio público. La verdadera mecanización de los talleres de las antiguas fábricas de tabaco no se llevó a cabo hasta los años veinte del siglo XX, con más de treinta años de «retraso» con respecto a las innovaciones de Duke, aunque es necesario precisar que la estructura del mercado en régimen de monopolio, las características del consumo español, la organización de la producción, el mercado de trabajo, y los aspectos institucionales derivados de gestionar un monopolio público eran muy distintos a los factores que tuvo que afrontar la American Tobacco Company, e hicieron de la modernización del tabaco en España un ejemplo más de la diversidad de alternativas que las empresas encontraron para adaptarse a las innovaciones tecnológicas y de gestión características de la Segunda Revolución Industrial⁴. El sistema tecno-laboral impuesto por la CAT, facilitado —o incluso posibilitado— por el hecho de controlar el mercado en régimen de monopolio, y en parte obligado por su responsabilidad pública compartida con el Gobierno, explica un ritmo de mecanización lento pero seguro donde los consumidores y los trabajadores se fueron adaptando poco a poco, tanto en número como en funciones, a la labor mecánica.

En este análisis se asume que los empresarios no eran ajenos al género de la mano de obra que empleaban. El hecho de que en 1887 más del 95 por 100 de la mano de obra destinada a la producción del tabaco en España fuera femenina no es una casualidad. Por regla general, hombres y mujeres no eran considerados igualmente en los mercados de trabajo y la sustitución de un tipo de trabajador por otro, solía implicar costes económicos y sociales. Mujeres y hombres tenían asignadas una serie de características, ya fueran reales o percibidas, que los convertían en mano de obra primaria o secundaria, dependiendo de sus cualificaciones, las necesidades de la producción, la tecnología disponible, las tradiciones y la oferta de los mercados de trabajo locales, y las restricciones o incentivos institucionales ya fueran gubernamentales, locales o sindicales. Analizar la diferencia que supuso el uso de mano de obra femenina por la CAT durante la industrialización del tabaco en España, supone arrojar luz sobre uno de los componentes fundamentales de la ecuación de producción, al tiempo que ayuda a introducir los aspectos institucionales en el análisis de la organización empresarial y del cambio tecnológico. Si los empresarios a la hora de ubicar los recursos que tenían disponibles no eran ajenos al género de la mano de obra que contrataban, sería un ejemplo de mala gestión

⁴ Sobre la diversidad de alternativas de organización industrial durante la Segunda Revolución Industrial ver Scranton (1991) y (1997).

de la información de la que el investigador puede disponer, el no tener en cuenta el potencial de la variable *género* como una herramienta de análisis para profundizar en la complejidad de los procesos de cambio tecnológico y en el peso de las instituciones en las decisiones y prácticas empresariales ⁵. ¿Qué diferencia supuso el uso de mano de obra femenina en el sistema, ritmo y estrategias de producción impuestas por la gestión de la CAT durante la industrialización del tabaco en España, y en la conservación del contrato de arriendo? ⁶.

Este artículo se divide en tres partes. En la primera, se presenta el marco teórico en el que se encuadra este estudio que considera el cambio tecnológico como un sistema, y asume que la mano de obra estaba sexualmente diferenciada. Al entender la tecnología como un sistema que tiene un carácter específico, el factor trabajo se sitúa en el corazón del cambio y es posible hablar de sistemas tecno-laborales. Igualmente se presenta el género como categoría de análisis y su utilidad a la hora de estudiar los procesos de cambio tecnológico de manera integrada. En la segunda parte, se analizan las características de la industria del tabaco con anterioridad a 1887. La estructura del mercado en régimen de monopolio fiscal, las particularidades del consumo español, la organización de la producción y el peso económico y político de la renta del tabaco se tratan en este segundo apartado para explicar las restricciones institucionales, de mercado, tecnológicas y laborales que encontró la CAT en 1887. En la tercera parte, se explica el sistema tecno-laboral impuesto por la CAT basado en una organización de la producción dual —manual y mecánica— y en el mantenimiento de la mano de obra femenina para llevar a cabo una modernización económica y políticamente rentable. Por tanto, este artículo, ade-

⁵ La introducción de la variable género en los estudios de Historia empresarial es muy reciente y de procedencia básicamente norteamericana y relacionada con los «Women's studies» —ver las recientes recopilaciones de artículos en el volumen especial de la *Business History Review* editado por Philip Scranton y los tres volúmenes publicados en *The International Library of Critical Writings in Business History* en 1999 y editados por Mary Yeaguer—. El desafío más interesante de los estudios de género dentro de la historia empresarial es el de tratar de integrar a «otros» dentro de los análisis empresariales y, de esa forma, agrandar su marco de análisis al cuestionar sus categorías de análisis. El trabajo de Kwolek-Folland (1998) sobre la historia de las mujeres en el mundo empresarial americano es quizás el mejor ejemplo de cómo a través del uso de la variable género no sólo se integra la empresa en la historiografía, sino a la historia en los estudios empresariales.

⁶ Esta pregunta parafrasea el artículo de Maxine Berg (1993), «What Difference did Women's Work Make to the Industrial Revolution?» Donde Berg (1993, pp. 40-41), prestando especial atención a los trabajos que estaban en manos de las mujeres y la transformación que éstos sufrieron intenta devolver a la Revolución Industrial su carácter revolucionario y transformador que los índices de crecimiento realizados en los años ochenta habían limado.

más de una propuesta metodológica sobre el uso de la variable género en la historia empresarial, presenta una revisión del proceso de industrialización del tabaco en España y de la gestión empresarial de la CAT. Este sector y esta empresa no han sido hasta muy recientemente tratados en la historiografía en parte por coincidir con un monopolio fiscal⁷. El interés de analizar la industrialización del sector del tabaco en España se basa en que el tabaco es una de las industrias con más tradición en este país, y desde 1887 cuando se privatizó la gestión del monopolio, un magnífico ejemplo en Historia Empresarial de tensión pública y privada. No obstante, este caso sirve principalmente como un laboratorio de ensayo sobre la capacidad de adaptación de una empresa a su entorno, prestando especial atención al uso que los empresarios hicieron de la mano de obra femenina o masculina dependiendo de las necesidades de la producción y de las restricciones laborales, tecnológicas e institucionales.

1. ELECCIONES EMPRESARIALES, CAMBIO TECNOLÓGICO Y GÉNERO

Desde que la tecnología comenzó a considerarse como un sistema, y los problemas tecnológicos como problemas tecnoeconómicos, el factor trabajo se ha situado en el corazón del cambio tecnológico, pero no exclusivamente en relación con el control que los empresarios buscan de este factor de producción, sino como un elemento complejo que puede incentivar, impedir, facilitar, aplicar o retrasar el cambio tecnológico⁸. La tecnología no es un bien público ni un artefacto, es un bien específico que

⁷ Hasta muy recientemente, han sido básicamente modernistas como Rodríguez Gordillo (1977) y (1984) y Hacendistas como Comín (1991) y (1996) los que han prestado atención a la industria del tabaco. Los aspectos industriales han sido tratados a nivel general por Alonso (1993) y a nivel local por Gálvez (1997a), y los empresariales por Gálvez (1998), Torres (1998) y especialmente por la Historia de Tabacalera recientemente publicada por Comín y Martín-Aceña (1999). El mayor impulso al estudio del sector tabaquero ha venido principalmente desde estudios de carácter local como los de Valdés Chápuli (1989), Baena (1993), Candela (1997), Gálvez (1998) y Alonso (1998) sobre las fábricas de Alicante, Sevilla, Madrid y La Coruña. Todos estos estudios, pero especialmente los de Baena (1993), Candela (1998) y Gálvez (1998) hacen especial hincapié en la importancia de la composición por género de la mano de obra.

⁸ Braverman (1974) en su *Monopoly Capital* y otros autores marxistas trataron principalmente en los setenta el tema laboral dentro de la empresa, pero siempre en términos del control que los empresarios buscan de los factores de producción.

tiene que ser aplicado en el lugar de trabajo ⁹. Para Lipartito (1994), un sistema técnico socialmente construido incluye una mano de obra socialmente construida, por lo que prefiere hablar de sistemas tecno-laborales en vez de sistemas tecnológicos. Los gestores y los ingenieros normalmente no tienen un control absoluto sobre las innovaciones, sino que actúan con conocimiento imperfecto y tienden a concentrar sus esfuerzos en incrementar los resultados de la tecnología existente, evitando un cambio brusco siempre difícil de imponer, y construyendo así sistemas específicos que siguen fuertes tendencias históricas, derivadas de eventos o elecciones previas, y que reflejan el equilibrio entre los intereses de los empresarios, los trabajadores, los consumidores y los políticos ¹⁰.

Dentro de un sistema tecno-laboral, las características reales o supuestas de la mano de obra masculina y femenina, tal y como funcionan en los mercados de trabajo y son consideradas por los empresarios, suponen un envidiable indicador de la interacción entre tecnología y trabajo. En los mercados de trabajo existe una segregación por sexo horizontal —hombres y mujeres se concentran en distintas profesiones o industrias— y vertical —mujeres y hombres se sitúan en posiciones distintas dentro de la jerarquía laboral y disfrutan o sufren diferencias salariales— que interactúan creando una situación de discriminación en la remuneración. Esta segregación no es gratuita ni espontánea y está relacionada con la discriminación implícita en la división sexual del trabajo anterior a la aparición del mercado y que, por tanto, trasciende las fronteras de éste, y sólo se entiende si se analiza conjuntamente el mercado y la familia como escenarios de producción y reproducción de bienes y servicios, y el papel de las insituciones modificando o consolidando esa división sexual del trabajo ¹¹. La división en el seno de las familias tiene importantes repercusiones en el mercado, espe-

⁹ Una buena síntesis sobre el tratamiento del cambio tecnológico en la historiografía, de ser tratado como un artefacto autónomo a ser analizado en términos económicos, en López y Valdaliso (1997).

¹⁰ Para Lipartito (1994, p. 1080), que ha sido el primero en acuñar el término sistema *techno-labor*, los gestores de las empresas buscan relaciones estables entre la tecnología de la producción, la organización del trabajo y la cultura de la mano de obra. Distintas combinaciones de estos tres factores pueden considerarse productivas para una determinada industria, pero las elegidas en un momento dado tienden a mantenerse. Otros autores, como McGaw (1987) en *Most Wonderful Machine* y Lazonick (1990) en *Competitive Advantage*, señalan la importancia de combinar estos tres elementos, aunque Lazonick le presta mucha menor importancia a la cultura de los trabajadores.

¹¹ Folbre (1980) y Sarasúa (1995) en sus estudios de las economías preindustriales demuestran cómo las tareas que se realizaban dentro de las economías familiares, también las dirigidas al mercado, estaban sexualmente diferenciadas y jerarquizadas. Por tanto, la definición de trabajadores masculinos y femeninos es previa al nacimiento del mercado de

cialmente en relación con la asignación del tiempo y con la inversión en capital humano entre niños y niñas y entre hombres y mujeres. Distintas cualificaciones reales o supuestas, distintos papeles en la economía familiar, y distintos compromisos laborales en relación al ciclo vital, explican por qué en la mayoría de los casos mujeres y hombres, hombres y mujeres, han actuado como mano de obra principal o secundaria para los empresarios.

Durante los años de la Segunda Revolución Industrial el cambio tecnológico fue acompañado de una segregación horizontal en el sector industrial, donde mujeres y hombres se concentraron en distintas industrias y recibieron un salario distinto por sus trabajos¹². Tradicionalmente, la historiografía ha considerado que la ventaja o desventaja principal de la contratación de mano de obra femenina frente a la masculina radicaba en que el salario que se pagaba a las mujeres era de uno a dos tercios el de los hombres. Esta diferencia resulta tan abultada que normalmente se ha tendido a explicar de forma consuetudinaria, ya que, teóricamente, dentro de un mercado competitivo, los trabajadores más baratos habrían sustituido a los más caros o igualado los salarios¹³. Pero esto no ocurrió así, porque el salario no era más que una de las diferencias entre la mano de obra masculina y femenina. Otras características relativas al género, como la flexibilidad de la mano de obra femenina o las presiones sindicales respaldando el uso de la mano de obra masculina, guiaron también las elecciones de los empresarios. La feminización de un empleo normalmente traía aparejado el abaratamiento del coste del trabajo. Primero porque los salarios femeninos han sido históricamente considerados como ingresos auxiliares dentro de la familia, sobre todo desde la consolidación del modelo de «male breadwinner family»¹⁴. Y segundo, porque la noción de cualificación ha estado históricamente ligada al aprendizaje formal, a la labor de gremios y posteriormente de sindicatos, y, por tanto, al trabajador varón¹⁵. Los hombres eran, por lo general, más caros, como correspondía

trabajo y afectó profundamente la manera en la que hombres y mujeres se convirtieron en trabajadores asalariados.

¹² Este aspecto está ampliamente estudiado para el caso inglés por Jordan (1989).

¹³ Berg (1985); Jordan (1989), y Humphries (1995).

¹⁴ Creighton (1996); Humphries y Horrell (1997), y Gálvez (1997).

¹⁵ Si no se acepta que la cualificación ha tenido un género y que aún lo tiene como categoría de análisis entre los investigadores, es imposible entender cómo un oficio como el de cigarrero-a ha sido considerado como mano de obra cualificada e incluso como aristocracia obrera dentro de la historiografía americana (Cooper, 1987; Prus, 1990) y el mismo oficio ha sido incluido en la historiografía española en el saco estadístico de mujeres y

a su mayor fuerza física en trabajos en los que ésta era necesaria —aunque no siempre hay una correlación directa—, a su mayor cualificación en trabajos en los que ésta era requerida, como consecuencia de un aprendizaje formal al que los niños, contrariamente que las niñas, eran sometidos en la mayoría de los casos, y como consecuencia de presiones institucionales, ya fueran leyes laborales que favorecían o incentivaban estas diferencias, o la labor exclusionista de los sindicatos ¹⁶. Pero además de ser más caros, más cualificados para ciertos trabajos y de estar respaldados por la ley y por los sindicatos, los hombres eran, en relación directa con su papel teórico de cabeza de familia dentro de la economía familiar, trabajadores más estables. Contrariamente, las mujeres podían ser mano de obra preferente porque eran más baratas —aunque podían realizar trabajos que implicasen fuerza física como en la economía rural en el norte de España, donde las mujeres realizaban las tareas peores y más agotadoras—, tenían cualificaciones informales que en muchos casos eran reconocidas como atributos naturales del sexo femenino; estaban integradas en menor medida en los sindicatos y en determinados momentos los empresarios las prefirieron para evitar la presión sindical, y, sobre todo, eran más flexibles ¹⁷. Igualmente la tecnología podía implicar un ahorro en mano de obra, en materia prima, en tiempo, pero también un uso mayor del input trabajo, podía necesitar de determinadas cualificaciones o de ninguna, o significar una fuerte inversión en capital fijo y requerir una mano de obra estable y adaptable a la disciplina industrial o no, o seguir beneficiándose de una ordenación de la producción más flexible ¹⁸.

niños identificado con trabajadores sin cualificación, Arenas (1993). Sobre la identificación entre masculinidad y cualificación ver Kessler-Harris (1993, p. 191). La construcción social de la cualificación no sólo hay que relacionarla con el género, Tannen (1982, p. 128), también la ha encontrado entre trabajadores nativos e inmigrantes.

¹⁶ Sobre la labor exclusionista de los sindicatos ver Rose (1988). Sobre el papel de las leyes laborales en España ver Sarasúa (1999), donde además se destaca que una de las características principales de la oferta de mano de obra femenina es que ha estado históricamente sujeta a restricciones institucionales.

¹⁷ La mayor flexibilidad de la mano de obra femenina está íntimamente relacionada con su papel en la economía doméstica donde la mujer se encargaba de proveer de bienes y especialmente de servicios a la familia, y de la crianza de los hijos. Esto explica por qué la oferta de mano de obra femenina ha presentado históricamente una mayor elasticidad con respecto a los salarios, ya que si los recursos están asignados a producir más bienes, se pierde la oportunidad de producir más servicios en la familia. Walby (1986) y Beechey y Perkins (1986) demostraron ya en los años ochenta cómo los empresarios sólo implantaban la práctica del empleo a tiempo parcial cuando podían emplear mujeres.

¹⁸ La hipótesis Habakkuk-Rothbarth que sostiene que las nuevas tecnologías que se desarrollaron durante la Segunda Revolución Industrial en Estados Unidos estaban bási-

La identificación del hombre como mano de obra principal y la mujer como mano de obra secundaria es errónea. La segregación por sexo encontrada en los mercados de trabajo y que funcionaba, ya fuera a nivel industrial, sectorial, empresarial, nacional o local, es un ejemplo de cómo los empresarios contrataban a unos u otros dependiendo de la estructura del mercado, de las necesidades de la producción, la disponibilidad de tecnología, las características de los mercados de trabajo locales y nacionales, y las costumbres que en ellos operaban, y las restricciones o incentivos de carácter institucional. Hombres y mujeres no eran normalmente sustitutos, se convertían en mano de obra principal o secundaria dependiendo de la combinación de las características de unos y de otras, y de los factores enumerados con anterioridad¹⁹. De esta forma, el género se convierte en un indicador privilegiado para profundizar en las elecciones tecnológicas de los empresarios y principalmente en el ritmo y la forma en la que fueron implantados, si lo fueron. Puesto que la diversidad se convierte en un rasgo estructural a la hora de estudiar las alternativas y formas en que se implantó el cambio tecnológico, la introducción de la variable género es especialmente útil a nivel micro, a nivel empresarial, mostrando las ventajas de analizar la tecnología como un sistema tecno-laboral²⁰.

camente destinadas a ahorrar trabajo ha sido ampliamente criticada. Esta tesis sostenía que puesto que el factor trabajo era escaso, éste resultaba caro y, por tanto, eso incentivó a los empresarios a buscar tecnologías que ahorrasen trabajo. Elisabeth Field-Hendrey (1998) refuta esta hipótesis tan sólo considerando los trabajadores femeninos y masculinos como distintos inputs. La segregación por sexo que se encuentra en la industria americana implica que hombres y mujeres no eran sustitutos y que hay que considerarlos como inputs separados. Los resultados a los que llega son que entre 1850-1919, el cambio tecnológico fue «female-labour-using», «male-labour-using» entre 1850 y 1890 y «male-labour-saving» desde 1900 a 1919. Von Tuzelman (1995) sostiene que la innovación más importante de la Revolución Industrial, la fábrica, no buscaba un ahorro de mano de obra sino un ahorro en tiempo. Lazonick (1979) demuestra cómo el cambio tecnológico puede mejorar la posición estratégica de algunos trabajadores a través de un proceso de recualificación.

¹⁹ En ciertas ocasiones como las guerras, cambios en los mercados de trabajo pueden facilitar la sustitución de un tipo de mano de obra por otra. Igualmente hay estudios como el Burnette (1997, pp. 261-262), sobre el trabajo agrícola en Gran Bretaña en el siglo XIX que defiende que hombres y mujeres eran sustitutos, ya que el salario de las mujeres estaba marcado por el precio de mercado, por diferencias en la productividad, y que, por tanto, el origen de la discriminación hay que buscarlo fuera de los mecanismos del mercado. No obstante las diferencias biológicas y los distintos niveles de productividad que hombres y mujeres presentaban en el mercado, la discriminación existía e igualmente el uso que se hacía de un tipo u otro de mano de obra. Rose (1988) y Scott (1999) han encontrado grandes diferencias sobre la segregación por sexos en los distintos mercados de trabajo locales en Gran Bretaña.

²⁰ Puesto que la historiografía a la hora de tratar la relación entre género y tecnología

2. LA INDUSTRIA DEL TABACO EN ESPAÑA

Consumo y organización de la producción bajo un régimen de monopolio fiscal

El encasillamiento dentro de la historiografía internacional de la industria del tabaco como una nueva industria típica de la Segunda Revolución Industrial tendría que llevar cuando menos a una reflexión en el caso español, ya que la industria del tabaco es una de las más antiguas en España, siendo posiblemente la fábrica de tabacos de Sevilla uno de los ejemplos de producción centralizada y de arquitectura industrial más antiguos del mundo. La producción del tabaco en España en los siglos XVII y XVIII, principalmente tabaco en polvo, era más industrial que en el siglo XIX. Los cambios en el consumo hacia las «labores de humo» que se produjeron a finales del siglo XVIII convirtieron a la industria del tabaco en un oficio principalmente manual en el siglo XIX²¹. Durante los siglos XVII y XVIII la industria del tabaco española fue objeto de un continuo cambio tecnológico que llevó aparejado importantes transformaciones en la organización de la producción y en la gestión de las fábricas²². Entonces sólo existían dos fábricas, la de Sevilla y la de Cádiz, siendo esta última una dependencia de la sevillana. Sólo mano de obra masculina era empleada en Sevilla, mientras que en Cádiz las «labores de humo», que eran las principales, eran realizadas por mujeres. A principios del siglo XIX, apro-

se ha concentrado en el efecto que las nuevas tecnologías causaron en la curva de participación femenina en el mercado de trabajo —ver especialmente el libro editado por Drygulski (1987) *Women, Work and Technology*—, los resultados obtenidos se han entendido como contradictorios. Las nuevas tecnologías supusieron una barrera a las mujeres porque la inversión en máquinas requería un mayor compromiso por parte del trabajador (Brown and Philips, 1986), o las nuevas tecnologías facilitaron la incorporación de mujeres al romper las barreras técnicas (Goldin, 1991). Si la misma relación entre género y tecnología se examina desde las elecciones de los empresarios, las posibles contradicciones se disuelven porque las características de la mano de obra femenina o masculina, ayudaron, relantizaron o frenaron la introducción de tecnología.

²¹ Sólo a partir de mediados del siglo XIX se comenzaron a introducir algunas máquinas como calderas y torrefactores dirigidos a las labores preparatorias del tabaco, y también las primeras máquinas para picar tabaco. Según García de Torres (1884) para 1861, la operación del picado ya estaba mecanizada en todas las fábricas de la renta.

²² Sobre el uso de ingenios y molinos de piedra y los avances tecnológicos en la producción del polvo de tabaco, ver Rodríguez Gordillo (1984, p. 19), y Pérez Vidal (1966, p. 11). Sobre la modernidad que supuso la nueva fábrica de Sevilla diseñada exclusivamente para albergar una fábrica de tabacos, ver Bonet Correa (1984). Especialmente interesante es el estudio de Carmona, Ezzamel y Gutiérrez (1997) sobre los sistemas de gestión y las prácticas contables.

vechando el cierre de la fábrica de Sevilla con motivo de las Guerras Napoleónicas y coincidiendo además con un cambio evidente en las pautas de consumo hacia las «labores de humo» que venía notándose desde finales del siglo XVIII, los hombres comenzaron a ser sustituidos por mujeres. Con la reapertura de la fábrica en 1813, las primeras cigarreras entraron en la fábrica de Sevilla, y muchos hombres fueron readmitidos para levantar la producción que se había resentido mucho con la guerra y colaborar así en la formación de nuevo personal. Sin embargo, pronto quedó demostrado que se trataba simplemente de una medida transitoria, ya que la mayoría de los hombres fueron despedidos unos años después, a finales de los años veinte, cuando el resto de las fábricas de tabacos comenzaron a funcionar con regularidad y con mano de obra femenina. Los cigarreros, en las protestas que siguieron a estos despidos, aludían que las causas esgrimidas por la Corona para justificar la entrada de mujeres tras la guerra, como «dejar los brazos robustos de los hombres espeditos para la Agricultura y otras Artes», ya no tenían fundamento, y «que la labor de las Mujeres es mas bien acavada y perfecta que la de los Hombres» también carecía de fundamento para los cigarreros, que denunciaban que se proveía a las mujeres con mejores tabacos. Sin entrar a juzgar la subjetividad con la que las diferencias en la calidad de las labores pudieron ser juzgadas, lo que parece claro es que hubo un cambio en los «premios de elaboración» o precio del destajo que ponen de relieve una de las características principales de la mano de obra femenina: un menor coste que la masculina. De hecho, cuando, debido a las continuas protestas, la renta del tabaco se vio políticamente obligada a admitir a los hombres que había anteriormente despedido, ésta sólo lo hizo a cambio de que los hombres aceptasen medir su labor con el mismo precio que las mujeres, es decir, sin sacrificar la rentabilidad económica que la mano de obra femenina suponía²³. Los obreros fueron readmitidos, pero se quedaron en una vía muerta, porque no volvió a entrar ningún hombre para elaborar cigarros o cigarrillos en ninguna de las fábricas de tabaco del país. De hecho, fue sólo en la fábrica de Sevilla donde esa sustitución tuvo que llevarse a cabo, porque las demás fábricas fueron ya inauguradas en el primer tercio del siglo XIX con cigarreras. ¿Por qué mujeres, si no se introdujo ninguna nueva tecnología que llevase a sustituir trabajadores caros y cualificados por otros/ otras más baratos? Ciertamente, los primeros años del siglo XIX no vieron ningún importante avance tecnológico en la industria del tabaco, pero sí

²³ Gálvez (1998), pp. 50-63.

la definitiva consolidación de nuevas pautas de consumo que provocaron un cambio radical en el sistema de producción, en el sistema tecno-laboral de la industria del tabaco española que comenzó el siglo XIX presentando un perfil menos industrial que en el siglo XVIII e incluso que en el XVII. Las economías de escala que la producción centralizada reportaba con anterioridad por el uso de molinos, ingenios, caballerías, etc., que hacían de la industria del tabaco más intensiva en capital que en trabajo, desaparecieron en el siglo XIX, surgiendo un sistema intensivo en trabajo donde el capital estaba principalmente concentrado en el capital humano de las cigarreras. Aunque se mantenían algunas economías de escala, principalmente las relacionadas con las fases previas de la producción, éstas no resultaban tan evidentes si se compara el caso español con lo que estaba ocurriendo en otros países donde el tabaco no era un producto estancado, y la producción se realizaba en pequeños talleres. De hecho, el funcionamiento de las fábricas de tabaco españolas, con flexibilidad en la asistencia y donde los trabajadores tenían que traer sus propios útiles, recuerda más un modelo protoindustrial que industrial ²⁴. El único rasgo de disciplina industrial que se mantuvo en las fábricas durante el siglo XIX era el registro de los trabajadores para evitar el robo de tabaco. En realidad, el único interés del mantenimiento de la producción centralizada era fiscal.

El tabaco era un producto estancado en España, y, por tanto, sujeto a una vigilancia especial que hacía no sólo rentable, sino necesaria la producción centralizada en fábricas ²⁵. Puesto que se trataba de un sistema de producción centralizado por motivos ajenos a la producción, la mano de obra femenina abarató los gastos laborales al ser más barata y, por ello, más acorde con un sistema de producción intensivo en mano de obra. Las mujeres además eran más flexibles, trasladando a las fábricas algunos de los beneficios de la producción doméstica o de pequeñas unidades de producción ²⁶. El que fuera un trabajo manual, cualificado y a destajo, hacía la producción compatible con la flexibilidad laboral que la mano

²⁴ En el Reglamento de funcionamiento de la Fábrica de Sevilla de 1835 se estipulaba que los operarios tenían que traer de sus casas las tijeras, sillas y espolones.

²⁵ De hecho, en países donde el tabaco estaba estancado como en Francia, la producción también se concentró en grandes fábricas. Igualmente, el cultivo del tabaco estaba prohibido en España. Esta medida tenía como objetivo controlar la producción de tabaco para evitar la elaboración del mismo fuera de las fábricas estatales y su comercialización fuera de los estancos.

²⁶ El género de las cigarreras era importante para mantener este sistema, ya que el régimen de remuneración a destajo aunque esencial no es en sí suficiente para explicar el mantenimiento de un sistema de producción flexible. Clark (1994, p. 132), cita varios ejemplos en los que los trabajadores bajo el régimen de remuneración a destajo estaban

de obra femenina necesitaba para alternar su trabajo en las fábricas con la economía doméstica. Puesto que era un trabajo cualificado —con varios años de aprendizaje y con capital humano acumulado en la destreza de las cigarreras—, también tenía sentido para la renta mantener a las cigarreras después de casadas, sobre todo una vez que se impuso un sistema de aprendizaje familiar que se realizaba en las mismas fábricas pero que controlaban las cigarreras y sus familias, y que no suponía ningún coste para la renta del tabaco²⁷. Por una parte, las fábricas permitían un uso del tiempo flexible consintiéndoles entrar tarde a las fábricas por las mañanas para darles tiempo en terminar sus tareas domésticas, y no penando el absentismo o faltas de asistencia, puesto que se trataba de un trabajo a destajo²⁸. Por otra parte, les permitían llevar consigo a los talleres a sus hijos pequeños que tenían en cunas proporcionadas por la propia dirección de las fábricas, y de esa manera no se veían incentivadas a interrumpir su compromiso laboral. Puesto que el trabajo era a destajo, estas prácticas no suponían una carga monetaria para las fábricas si trabajaban menos horas, ni tampoco suponían una interrupción en la destreza de estas trabajadoras. Además, las cigarreras solían llevar a las fábricas a sus hijas mayores, aún niñas, para que les ayudasen con el cuidado de los niños de pecho. Al mismo tiempo que ayudaban a sus madres en esa tarea,

sujetos a una fuerte disciplina, como era la expulsión de sus puestos de trabajo o la imposición de multas si llegaban tarde.

²⁷ La historiografía está llena de ejemplos que relacionan la tasa de participación femenina con el ciclo vital de las mujeres y la economía familiar. Recientemente, la hipótesis de que las mujeres abandonaban el mercado de trabajo tras el nacimiento de los hijos ha sido modificada por otra pauta de comportamiento que varios análisis han encontrado: las mujeres dejaban el mercado de trabajo cuando los hijos tenían una edad suficiente para sustituirlos como proveedoras de ingresos auxiliares para la economía doméstica, Horrell y Humphries (1997). Camps (1995, p. 167), también la encuentra en el mercado de trabajo catalán del siglo XIX. No obstante, hay que tener en cuenta que en la práctica, los ingresos de muchas mujeres en las familias obreras estaban lejos de ser auxiliares, como en el caso de las cigarreras.

²⁸ Aunque el uso del término absentismo dentro de un régimen de remuneración a destajo pueda resultar una contradicción en sí misma, se mantiene en este análisis puesto que se usa en los documentos de la CAT. Desde los reglamentos a la correspondencia, la asistencia y no asistencia a las fábricas eran un elemento importante de la ordenación de la producción independientemente de que el sistema de remuneración fuera a destajo. Además la remuneración puramente a destajo dejó de existir a partir 1917 instaurándose un sistema de remuneración mixto. Gálvez (1997a) demuestra como la flexibilidad de entonces puede ser considerarla como los trabajos a tiempo parcial en la actualidad que también están principalmente ocupados por mujeres, Hatt (1997) y Walby (1997). Sarasúa (1999) también realiza un interesante paralelismo entre el subempleo principalmente agrario y femenino en el siglo XIX y el desempleo actual.

aprendían el oficio de cigarrera y eran socializadas con la cultura de la fábrica desde su infancia. De esta forma, la renta siempre tenía personal cualificado dispuesto a entrar en las fábricas sin haber incurrido en coste alguno para su formación. Si se tiene en cuenta que el capital humano adquirido por las cigarreras era específico, la ventaja económica que este sistema representaba se hace más evidente, sobre todo porque esa especificidad no sólo funcionaba para la renta, sino también para la economía familiar, lo que convertía a familias enteras en dependientes del trabajo en las fábricas. Esta dependencia se acentuaba por el hecho de que la cualificación adquirida fuera específica para el tabaco, y que éste se encontrara en régimen de monopolio²⁹. Además, este aprendizaje se realizaba durante la infancia y en las fábricas, lo que explica el bajo grado de alfabetización de las cigarreras y, por tanto, las pocas posibilidades que tenían de adquirir una formación más general u otro empleo³⁰. De hecho, la exclusividad de la oferta laboral de las familias de las cigarreras hacia las fábricas de tabaco forma, junto con la cualificación específica de la mano de obra, el control del aprendizaje y del proceso de producción dentro de un sistema de producción básicamente manual y dentro de un monopolio, y la flexibilidad que presentaba la mano de obra en sus horarios y sobre todo en su asistencia una de las características esenciales de la ordenación de la producción previa a la llegada de la CAT, y, por tanto, fundamental a la hora de explicar el sistema tecno-laboral impuesto por la CAT durante la modernización de la industria del tabaco en España.

²⁹ Este sistema no puede ser considerado como un ejemplo de ejército de reserva de mano de obra, ya que no sólo la renta de tabacos en un principio y a partir de 1887 la CAT se beneficiaron de este sistema, sino que también lo hicieron las economías familiares, sobre todo en mercados de trabajo precarios. Esto está estudiado al menos para el caso sevillano por Gálvez (1997a).

³⁰ Las familias de las cigarreras no encontraban ningún incentivo para mandar a sus hijas a las escuelas, puesto que no eran éstas las cualificaciones que les iban a valorar en su futuro profesional en las fábricas, sino las cualificaciones específicas de la industria del tabaco. Roses (1998) también lanza la hipótesis de que las familias obreras del textil catalán invertían más en capital humano de sus hijos enviándolos a las fábricas que a las escuelas, porque sabían que allí era donde iban a recibir el aprendizaje que luego les valdría situarse mejor en el mercado de trabajo. Igualmente y aunque Núñez (1992, p. 273), sostiene que existe una correlación positiva entre alfabetización e industrialización en vez de negativa, utiliza el argumento de la teoría del capital humano sobre la inversión de los padres en la educación de los hijos dependiendo de las expectativas laborales futuras de éstos, como una causa fundamental para explicar los desequilibrios regionales y por sexo de las tasas de alfabetización en España a principios del siglo xx.

Por supuesto, junto con el hecho fundamental de controlar en régimen de monopolio la compra, producción y distribución del tabaco ³¹.

Si la estructura del mercado en régimen de monopolio y la organización de la producción son importantes a la hora de entender lo que sucedió a partir de 1887, otros aspectos como las peculiaridades del consumo español y el peso económico y político de la industria del tabaco explican igualmente las restricciones de mercado, laborales e institucionales encontradas por la CAT cuando se hizo cargo de la gestión del monopolio. Estas restricciones fueron las que impidieron una mecanización inmediata que hubiera reportado a la compañía un ahorro en costes y, especialmente, un aumento en la producción y productividad que hubiera abaratado el precio de las labores en el mercado y aumentado el consumo, y posiblemente haber situado a la CAT en una posición competitiva en otros mercados ³².

Restricciones mercantiles, institucionales y político-laborales

El consumo de tabaco, especialmente el de labores de humo, tanto de cigarros como cigarrillos, fue creciendo en España a lo largo del siglo XIX. Puesto que hasta los años ochenta no aparecen las primeras máquinas para el liado mecánico de cigarrillos, el crecimiento de la producción se hizo de forma extensiva admitiendo cada vez más cigarrerías en las fábricas de tabaco, llegando en casos, como el de la fábrica de Sevilla, a superar los 7.000 trabajadores en vísperas del arriendo a la CAT, la mayoría dedicadas a la producción manual de cigarrillos. En la tabla 1 se observan

³¹ La estructura del mercado es básica para entender principalmente diferencias de carácter nacional o industrial. El caso del tabaco en España es bastante claro, el monopolio permite un ritmo de mecanización más lento y, por tanto, el mantenimiento de un sistema tecno-laboral intensivo en trabajo y más acorde con la mano de obra femenina. Lipartito (1994) también encuentra una mecanización lenta conjuntamente con el uso de mano de obra femenina en el caso de la Bel Company en la telefonía estadounidense. Esta compañía, que prácticamente monopolizaba el mercado americano, fue mucho más lenta que las pequeñas compañías de teléfono en automatizar las conexiones. Jordan (1989) también encuentra esta relación en la industria británica en el siglo XIX, donde demuestra que las mujeres tendieron a mantenerse en aquellas industrias que realizaron una transición lenta y los hombres, en aquellas que la hicieron rápida.

³² Este efecto se puede prever si se acepta el paralelismo entre el aumento del consumo de tabaco y del GNB. Alonso (1993, p. 26 bis), compara la evolución del consumo de tabaco con la evolución demográfica y con la del GNB. En estos gráficos se observa cómo la curva de consumo de tabaco estancado en España coincide más con la curva del GNB calculada por Carreras (1989) que con la de la población calculada por Nicolau (1989).

TABLA 1

Porcentaje que representa (en Kg.) cada clase de labor sobre el total producido en los distintos monopolios europeos en el ejercicio de 1894-1895 (Francia 1892 y Portugal 1892-1893)

Monopolios	Rapé	Rollos	T. mascar	Picadura	Cigarros	Cigarrillos	Gastos- Ingresos (%)
España	—	—	—	47,51	21,16	31,33	31,29
Hungría	0,25	—	—	82,42	12,00	5,33	41,40
Austria	5,14	—	4,00	68,20	17,23	5,43	33,62
Italia.....	16,28	—	—	38,46	34,33	10,93	24,70
Francia.....	14,69	2,03	1,42	69,98	8,50	2,93	18,40
Portugal	13,47	24,80	—	16,00	39,76	6,06	20,03

FUENTE: Delgado (1897).

las diferencias en la composición del consumo de tabaco en varios monopolios europeos a finales del siglo XIX, siendo España el único país con un consumo significativo de cigarrillos con más del 30 por 100 sobre el consumo total, frente a países como Francia, en donde no alcanzaba siquiera un 3 por 100. Esta peculiaridad tuvo importantes repercusiones en el ritmo de mecanización del tabaco en España. Ese período corresponde con el momento en que el cigarrillo mecánico empieza a abrirse camino apareciendo en la mayoría de los países como un nuevo producto frente a formas de consumo más tradicionales, como la pipa, los cigarros, o en el caso de los Estados Unidos, el tabaco mascado. En 1900, sólo el 2 por 100 del tabaco consumido en Estados Unidos era en forma de cigarrillos. En España, como aparece en la tabla, el consumo del cigarrillo manufacturado, aunque de forma manual, estaba muy extendido y, de hecho, el alto consumo de cigarrillos se consideró como una característica esencial de los españoles a finales del siglo XIX, e incluso sirvió dentro del movimiento anti-cigarrillos norteamericano, que no anti-tabaco, de las últimas décadas del XIX y primeras del XX, como argumento de diplomáticos y periodistas para explicar las causas de la degeneración de la «raza española» y la pérdida de la guerra contra Estados Unidos. William Randolph Hearst publicó para la ocasión que «España no habría alcanzado su presente estado de deterioro si hubiera prohibido la fabricación de cigarrillos antes de que

se convirtiese en una ocupación nacional y en una desgracia»³³. La dirección de la CAT también tuvo problemas con el alto porcentaje del consumo de cigarrillos, pero por causas totalmente distintas que las relacionadas con la debilidad de los españoles. Eleuterio Delgado, el que fuera director general de la CAT, se quejaba en los primeros años del arriendo del bajo consumo en España de tabaco picado —que era la base del cigarrillo—, en comparación con otros monopolios, rasgo especialmente grave porque la producción de tabaco picado era la más fácilmente mecanizable. Era, por ejemplo, en el alto consumo de picaduras donde situaba una de las razones de la mayor rentabilidad del monopolio francés con respecto al español³⁴. Pero el alto consumo de cigarrillos con relación a un menor consumo de picaduras en el mercado español no se puede explicar simplemente por la originalidad de los hábitos de consumo de los españoles, sino que debe explicarse, igualmente, por la mala gestión que del monopolio de tabacos hizo la Hacienda. En realidad, la faceta industrial del tabaco siempre estuvo supeditada a su faceta fiscal. Los cigarrillos eran básicamente tabaco picado liado en papel, por tanto, la picadura podía igualmente servir para ser empaquetada y vendida como tal para que los consumidores liasen sus propios cigarrillos, o pasar a los talleres de cigarrillos, donde las cigarreras, en un principio, y posteriormente las máquinas, los liaban. Cuando la CAT comenzó a gestionar el monopolio encontró anomalías como cigarrillos que eran elaborados con un tipo determinado de picadura se presentaban en el mercado con un menor precio que la picadura correspondiente, lo que suponía un incentivo al consumidor para adquirir un producto más elaborado a un menor precio³⁵.

Ya fuera por imperfecciones en la gestión del monopolio o por hábitos particulares de los consumidores españoles, la realidad era que el consumo de cigarrillos manuales estaba fuertemente arraigado en España. Mientras que en otros países el cigarrillo confeccionado y empaquetado era un producto nuevo, en España tuvo que competir y desbancar al cigarrillo manual. De hecho, uno de los primeros contactos que tuvo la CAT con el mercado fue la resistencia de los consumidores españoles a las labores mecánicas. Esta resistencia se podría haber paliado abaratando el precio de la labor mecánica respecto de la manual, pero además de la mayor parsimonia que presentan los monopolios para adaptarse a las variaciones de la demanda,

³³ Tate (1999), p. 20.

³⁴ Delgado (1892), pp. 498-507.

³⁵ *Ibid.*, p. 516.

el control de precios estaba en manos del Gobierno y no de la compañía ³⁶. Otra de las características del consumo español que dificultaron una rápida mecanización fue la preferencia de picadura al cuadrado frente a la de hebra, que era la que se consumía en la mayoría de los países, lo que justifica el que las compañías de maquinaria diseñasen y mejorasen modelos destinados para la picadura de hebra ³⁷.

No obstante, las dificultades que encontró la CAT para llevar a cabo una mecanización rápida, teniendo en cuenta que los avances técnicos estaban disponibles cuando se hizo cargo de la gestión del monopolio de tabacos, no sólo estaban relacionadas con las particularidades del consumo español, sino con otras variables derivadas de una ineficiente gestión previa. Además de irregularidades en el precio de los productos, como la referida anteriormente entre los cigarrillos y la picadura, existía un desajuste en la cantidad y en la composición de lo que se producía y lo que se demandaba. La CAT heredó un déficit y un desequilibrio en la producción, labores que se producían y que ya no eran demandadas por los consumidores, como el polvo de tabaco, y algunas que eran demandadas por los consumidores y que no eran producidas por la renta en las cantidades necesarias, como algunas clases de cigarrillos, lo que empujaba a los consumidores a comprar tabaco de contrabando ³⁸.

La ineficiente gestión del monopolio estatal de tabacos por parte de la Hacienda no era ningún secreto. Muchas fueron las discusiones sobre las ventajas de la privatización o del arriendo del monopolio, pero siempre se llegaba a la misma conclusión: el mantenimiento del monopolio era necesario para la Hacienda. La ausencia de una reforma fiscal hacía que

³⁶ Uno de los motivos de la resistencia de los consumidores españoles a los cigarrillos mecánicos estaba relacionado con el peso de éstos que normalmente era menor que el de los manuales. Delgado (1892), p. 188, y Gálvez (1998), p. 141.

³⁷ Si la elección de las máquinas que liaban cigarrillos de hebra fue fácil, pues bastaba con comparar los resultados obtenidos en otros países, no ocurrió lo mismo con las que elaboraban cigarrillos usando picadura al cuadrado, de las que se tuvieron que realizar muchos ensayos en los propios talleres de las fábricas españolas con máquinas autóctonas. En los primeros años se comercializaban los siguientes tipos: Fombuena, Climent, Borrás y Alegre, y comenzaba a ensayarse la norteamericana Comas, la francesa Coupeau, y, con resutados especialmente buenos, la española Vilaseca, que fue a la postre una de las más usadas en todas las fábricas de la compañía. Gálvez (1998), p. 141.

³⁸ García de Torres (1884, p. 56), decía que las estadísticas oficiales cifraban el consumo de tabaco en más de 18 millones de kilos, de los cuales la Hacienda sólo elaboraba 13,5 millones. Para Castañeda (1985), otros fines además de los fiscales guiaron la gestión de la CAT, ya que durante estos años nunca se llegó al punto de equilibrio del monopolio. No obstante, los precios seguían estando muy lejos de su nivel competitivo, en conclusión, estaban entre el nivel competitivo y el de monopolio, aunque más cerca de este último.

la Hacienda fuera dependiente de figuras fiscales típicas del Antiguo Régimen como lo eran las rentas estancadas, de las cuales la del tabaco era la más importante³⁹. Esto explica en parte la desconfianza del Gobierno a la hora de arrendar el monopolio y la obligatoriedad en las bases del arriendo de que la compañía arrendataria tenía que tener capital español. El Banco de España se hizo con el concurso de arriendo en 1887 y para gestionar la renta del tabaco creó una compañía formada por el propio Banco de España y algunos de sus mayores accionistas. Los estrechos vínculos que se habían establecido entre la Hacienda y el Banco de España sobre todo a partir de la concesión del monopolio de la emisión de moneda en 1874 dieron las suficientes garantías al Estado, tanto en el plano fiscal como en el político. Con el arriendo, la CAT no sólo se convirtió en la gestora de un 12 por 100 de los ingresos ordinarios del Estado, sino que además se convirtió en el mayor empleador industrial del país. Aunque el fracaso del otro arriendo que se llevó a cabo durante el siglo XIX, el 1844, que sólo duró dos meses, trasciende a los aspectos tecno-laborales, éstos también deben de tenerse en cuenta para explicar la distinta suerte que corrió el arriendo de 1887⁴⁰. En los años cuarenta no existía la amenaza de una fuerte reconversión laboral para garantizar una mayor rentabilidad, es más, la industria del tabaco estaba creciendo de forma extensiva y, por tanto, generando empleo. Sin embargo, en 1887, la necesidad de introducir máquinas, tal y como se estaba haciendo en otros países con resultados espectaculares, estaba más que presente al igual que los problemas sociales que este cambio implicaría⁴¹. De hecho, sólo dos años antes, en 1885, hubo una revuelta muy importante de carácter ludita en la fábrica de Sevilla alentada únicamente por el rumor de la llegada de máquinas para elaborar cigarrillos que sólo aparecieron treinta años después. Este incidente casi le costó la vida al jefe de la fábrica, aparte de importantes destrozos materiales, paralización de la producción e importantes disturbios en la ciudad que hicieron a las autoridades locales, como continuó siendo una pauta durante la época de la CAT, ponerse de parte de las trabajadoras, presionando a la dirección para forzar la reapertura de la fábrica cerrada a

³⁹ Comín (1991), p. 143.

⁴⁰ En 1844 se arrendó la renta del tabaco al banquero Salamanca en 75 millones anuales, pero Mon, ministro de Hacienda, rescindió el contrato dos meses después. Comín y Martín-Aceña (1999), pp. 72-73.

⁴¹ Santías (1921) insistía en que una de las razones principales que había tenido el Estado para arrendar el estanco había sido que el proceso de mecanización ya había comenzado en Europa y Estados Unidos con muy buenos resultados y que la Hacienda carecía de recursos financieros para acometer esta reforma con éxito.

causa de la revuelta. Por tanto, no parece muy descabellado decir que la amenaza de una reforma que implicaba la pérdida de muchos puestos de trabajo estaba presente en todo momento en el 1887, y, por tanto, el respeto y miedo por parte del Gobierno, que prefirió traspasar la responsabilidad de llevar a cabo una reconversión laboral a una compañía privada ⁴². La prueba de que el Gobierno era más que consciente de la necesidad de sustituir mano de obra por máquinas en las fábricas para modernizar la industria, lo reafirma el que en una de las bases del contrato de 1887 se estipulaba que la compañía podía deshacerse de hasta el 25 por 100 de la mano de obra de las fábricas, que en aquel momento, según cifras de Alonso (1993), constituía el 3 por 100 de la mano de obra industrial del país. Aunque importantes a nivel nacional, el peso de las cigarreras se dejaba sentir principalmente en los mercados de trabajo locales. Cualquier protesta que las cigarreras llevaran a cabo paralizaba con facilidad estas ciudades, lo que motivó que los poderes locales fueran excesivamente sensibles a lo que ocurría en las fábricas de tabacos, donde además funcionaban fuertemente las redes de clientelas locales. Así pues, la CAT se encontró con un sistema de producción básicamente manual controlado por una numerosísima mano de obra, que además controlaba el aprendizaje y que tenía un fuerte peso socio-político tanto a nivel nacional como a nivel local. Si a esto se unen las características del mercado español, que hacían más difícil la mecanización, el desajuste entre la oferta y la demanda, y las restricciones institucionales impuestas por la doble tutela que sobre la compañía ejercían el Gobierno y el Banco de España, es posible entender por qué la CAT no sustituyó inmediatamente la mano de obra por máquinas e instauró en su lugar un sistema dual: nuevas fábricas, donde los adelantos tecnológicos se fueron instalando, y antiguas fábricas, donde se probó un sistema tecno-laboral basado en la introducción de mejoras en la elaboración manual, el mantenimiento de la mano de obra femenina y la introducción paulatina de maquinaria. En estas fábricas la producción manual se mantuvo hasta los años veinte del siglo xx.

⁴² Guillén: (1994, pp. 152-174), define el sistema de gestión español para la época anterior al Franquismo como un sistema ecléctico y basado principalmente en evitar el conflicto social. Para los empresarios españoles cualquier sistema era bueno si con ello se evitaba la confrontación con los obreros.

3. EL SISTEMA TECNO-LABORAL DE LA CAT

La CAT se benefició de la estructura del mercado que controlaba en régimen de monopolio y de la mano de obra femenina para realizar una transformación industrial que por restricciones del mercado, tecnológicas y político-laborales no pudo ser rápida. Al ser lenta evitó los traumatismos sociales que un cambio rápido hubiera implicado y, por tanto, evitó que se plantease el mantenimiento de la gestión del monopolio en manos privadas, y especialmente en manos de la CAT. Comín y Gálvez (1999) han identificado tres conjuntos de causas que explican el mantenimiento del arriendo por la compañía arrendataria: primero, la rentabilidad económica, la gestión privada demostró ser más rentable que la gestión pública del monopolio; segundo, el papel de prestamista que la CAT y el Banco de España jugaron para los Gobiernos de la Restauración; y tercero, la rentabilidad social, el entendimiento con la mano de obra al tiempo que realizaban la modernización que les permitiría una mayor productividad y, por tanto, mayor rentabilidad económica para la compañía y para la Hacienda. Obviamente, sólo en dos de esos tres conjuntos de causas, la rentabilidad económica y política, el género de la mano de obra puede contribuir a profundizar en el entendimiento del proceso de modernización e industrialización del tabaco en España, ya que el papel de prestamista de la CAT se realizó independientemente del género de la mano de obra, aunque fueron los beneficios económicos de la CAT los que permitieron a la compañía el prestar dinero a los Gobiernos de la Restauración, y los beneficios políticos el poder relacionarse con éstos en buenos términos⁴³. Posiblemente el papel de prestamista de la CAT fue incrementándose con los años cuando la CAT comenzó a tener una gestión menos mercantil y pasó a ser cada vez más un administrador de un bien público. Pero durante los primeros años del arriendo, la supervivencia de la CAT como compañía pasaba por el mantenimiento del contrato, y éste por un aumento de los beneficios de la Renta y el mantenimiento de la paz social. Durante

⁴³ Aunque el papel de prestamista de la CAT fue muy importante, y de hecho autores como Torres (1998) le conceden un papel fundamental en el mantenimiento del contrato de arriendo por parte de la CAT, este aspecto es discutible. Para Torres, el regulador, el Estado se vio capturado por el arrendatario, la CAT. No obstante, este análisis no coincide con el reparto de beneficios entre la compañía y el Estado, que fue progresivamente desfavorable para la CAT. Como han señalado Comín y Martín-Aceña (1999), desde el contrato de 1900 entre el Gobierno y la CAT, la participación de la Arrendataria en los ingresos del monopolio cayó al 7,5 por 100 de la correspondiente al Tesoro y al 5,6 por 100 tras 1911.

los cinco primeros años de gestión, la CAT no obtuvo beneficios, y sufrió pérdidas los tres primeros años, ya que el ingreso líquido por ventas durante estos años siempre estuvo por debajo del canon de 90 millones que anualmente la CAT tenía que pagar a la Hacienda según el contrato de 1887 ⁴⁴. Además, la labor seguía siendo principalmente manual y, por tanto, fuertemente controlada por las cigarreras.

De las principales características que los empresarios valoraron de la mano de obra femenina como su menor coste, su menor integración en los sindicatos y su mayor flexibilidad, fueron estas dos últimas sobre todo la flexibilidad impuesta durante un período de transición las más importantes para entender cómo interactuaron las decisiones empresariales sobre los cambios tecnológicos y la ordenación previa de la producción y del trabajo. La CAT incentivó bien la asistencia o la ausencia de los talleres según conviniese a las necesidades de la producción. Tres momentos distintos de la gestión de la CAT se han elegido en este apartado para ilustrar de qué manera la CAT se benefició y usó la flexibilidad que ofrecía la mano de obra femenina. El menor precio de la mano de obra femenina abarató los costes, pero fueron sobre todo la flexibilidad y el mantenimiento de la paz social las dos aportaciones principales de las cigarreras a la industrialización del tabaco en España ⁴⁵. Los costes salariales en sí no fueron tan importantes, ya que las cigarreras tenían los salarios más altos entre las obreras de todo el país. Hay que tener en cuenta que una de las posibilidades de los beneficios extraordinarios del monopolista es repartir parte de esos beneficios a modo de salarios. En realidad, de lo que se estaban

⁴⁴ Los beneficios netos correspondientes a la CAT fueron inicialmente negativos, con pérdidas de 10,9, 1,6 y 1,6 millones respectivamente para los ejercicios económicos de 1887-1888, 1888-1889 y 1889-1890, pese a incrementarse las ventas y los beneficios brutos. Alonso (1993), p. 52.

⁴⁵ Nociones como la de recursos ociosos que se basan en categorías de análisis de pleno empleo que tan difícilmente se pueden aplicar a las mujeres pueden ser modificadas teniendo en cuenta las categorías de flexibilidad. Para Atkinsons (1986) los empresarios consideran cuatro tipos principales de flexibilidad laboral: la numérica y la funcional que son las dos más importantes, más la relacionada con distancia o el lugar de trabajo, y la flexibilidad en la remuneración. La flexibilidad funcional ha sido considerada de forma optimista por los Post-fordistas como Piore y Sabel (1984) que han visto en ella la doble capacidad de incrementar la productividad y la satisfacción del trabajador. No obstante, Walby (1997) llama la atención sobre el hecho de que en muchas ocasiones esta flexibilidad funcional es introducida en momentos de recortes en costes y especialmente en el coste del trabajo. Es en estos casos cuando la mano de obra femenina combinada con la flexibilidad funcional y los recortes en costes supone un mayor beneficio que la masculina para el empresario, tal y como se observa en el caso de la CAT y las cigarreras durante la mecanización de los talleres.

beneficiando las cigarreras era de una participación en los beneficios del monopolista pactada de forma tácita, ya que las dos partes eran monopolistas. Con anterioridad a la mecanización, el monopolio de las cigarreras se basaba en su fuerza negociadora al controlar el proceso de producción y el sistema de aprendizaje. Posteriormente, con el sistema de producción mecánico, su monopolio era fruto de la inercia en la gestión de las fábricas y, sobre todo, de la alta sensibilidad política de la compañía arrendataria ⁴⁶.

Los inicios de la CAT: la incentivación de las faltas de asistencia

Cuando la CAT se hizo cargo de la gestión de las fábricas de tabaco, la prioridad absoluta era incrementar la producción para compensar el desajuste entre la oferta y la demanda, producir más para vender más y poder pagar el canon. Este desajuste, más que las presiones obreras o la ineficiencia de la gestión, explica por qué la CAT no sólo no se deshizo del 25 por 100 del personal que el contrato de arriendo le permitía, sino que admitió más de mil cigarreras «en aquellas fábricas en las que no entrañaba peligro» ⁴⁷. Evidentemente, las presiones obreras se tuvieron en cuenta, puesto que al tratarse todavía de un sistema completamente manual y en régimen de monopolio, la fuerza negociadora de las cigarreras era muy alta ya que podían fácilmente parar la producción, lo que hubiera agravado enormemente el déficit de producción y colocado a la nueva gestión en una difícil situación a la hora de liquidar sus cuentas con la Hacienda.

Cuando en 1891, la producción se equilibró con el consumo, se firmó un nuevo contrato que de nuevo permitió a la compañía deshacerse del 25 por 100 de la mano de obra. Tampoco en esta ocasión, la CAT hizo uso de esta cláusula. Puesto que existía equilibrio en el mercado, la razón debió ser más compleja que el miedo a una revuelta obrera, a pesar de que la producción seguía siendo básicamente manual y, por tanto, controlada por las cigarreras. Pocos años al frente de la Renta le bastaron

⁴⁶ En el caso de la CAT es difícil mantener que la razón principal que explica una mecanización lenta fue que las cigarreras eran tan baratas que no compensaba el incremento en productividad que se produciría con la introducción de máquinas. Lipartito (1994) tampoco encuentra esta explicación satisfactoria para el caso de la Bell, aunque son muchos los ejemplos que muestran cómo el mantenimiento de una mano de obra barata ralentizó la introducción de máquinas. Dentro de la industria del tabaco, ésta es la explicación que da Mónica (1992) para explicar la tardía mecanización en Portugal, y la que da Cox (1989) para explicar la expansión de la BAT en China sin introducir las máquinas que usaba en el Reino Unido, gracias al bajo coste de la mano de obra en China.

⁴⁷ Memoria CAT 1890, p. 9.

a la CAT para darse cuenta de que una mecanización inmediata era imposible por la difícil aceptación que los productos mecánicos tenían en el mercado, por la rigidez que el control estatal imponía en los productos elaborados y en los precios, y también por la fuerza negociadora que tenían aún las cigarreras. Baste como prueba de esto último la destitución del primer presidente de la CAT tras el cierre de la fábrica de Madrid motivada por un incidente laboral ⁴⁸.

La CAT había abierto una nueva fábrica en Logroño y modificado la de Valencia, donde se instalaron máquinas para la producción de cigarrillos mecánicos, que fueron aumentando su producción a medida que el público fue aceptando esta labor y que en un principio fueron más que suficientes para cubrir la demanda de cigarrillos mecánicos, ya que durante esos primeros años estuvieron produciendo por debajo de su potencial ⁴⁹. Además, la dirección de la CAT mejoró los resultados del monopolio introduciendo una serie de cambios en distintos frentes que mejoraron los resultados de la Renta, independientemente de la mecanización de los antiguos talleres, lo que coincide con lo explicado en el primer punto sobre la tendencia que tienen los empresarios a mejorar los sistemas existentes en vez de imponer cambios bruscos. La «parsimonia» que eligió la CAT para imponer sus cambios no le privó de realizar la triple inversión en producción, distribución y gestión que Chandler (1977) señaló como origen del desarrollo de la gran empresa moderna, aunque la CAT lo hiciera dentro de un régimen de monopolio. En el capítulo de producción, aparte de la mecanización, la CAT introdujo mejoras en el suministro de materia prima y sistemas como la división del trabajo en los talleres de cigarros. Igualmente, mejoró la distribución a través de mejoras en los contratos de transporte y en la lucha contra el contrabando. Finalmente, la dirección de la compañía centralizó la administración en Madrid, y aumentó el cuerpo administrativo de la renta del tabaco, sufriendo éste una tendencia inversa al personal obrero que, como se observa en el gráfico 1, se fue reduciendo paulatinamente a lo largo de todo el período.

El énfasis puesto en este análisis sobre la resistencia de los consumidores a la labor mecánica por el arraigo que tenían las labores manuales en España —especialmente los cigarrillos—, frente a considerar la resistencia obrera a la mecanización como la interpretación exclusiva al ritmo de mecanización del tabaco en España, no invalida el que la CAT intentase evitar en la

⁴⁸ Comín y Martín-Aceña (1999), pp. 139-140.

⁴⁹ Gálvez (1998), p. 123.

GRÁFICO 1

*Evolución del número de cigarrerías en las fábricas
de la Renta, 1896-1935*

FUENTE: *Anuarios Estadísticos de la Renta del Tabaco*.

medida de lo posible el conflicto laboral y, por ende, político, al que una confrontación con las cigarrerías le llevaría.⁵⁰ Es más, lo que demuestra es que la mano de obra —femenina— facilitó en determinados momentos la transición industrial. La dirección de la CAT pronto se percató de que para tener el número de operarias necesario para el funcionamiento de los talleres debía tener un exceso de entre un 15-20 por 100 en plantilla debido a las pautas de asistencia de las cigarrerías. De hecho, aunque en el nuevo reglamento aprobado por la compañía en 1888 estipulase que faltar ocho días consecutivos sin justificación era motivo de despido, ninguna cigarrera abandonó la CAT por este motivo. De esa forma, la dirección incentivó el absentismo instaurando una política de «labour hoarding», lo que le permitía contar con el número de trabajadoras que necesitaba sin alterar la cultura laboral y las necesidades económicas de las cigarrerías, y, por tanto, sin incurrir en problemas sociales que tenían un alto coste para una compañía que gestionaba un monopolio público y cuya super-

⁵⁰ Autores como Arenas (1993) y Alonso (1993) han explicado el ritmo lento de la mecanización sólo en relación con la resistencia obrera y las prácticas paternalistas de la CAT.

vivencia dependía del mantenimiento del contrato de arriendo⁵¹. Con esa estrategia, la CAT mantuvo la estabilidad social al tiempo que probaba y acostumbraba a los consumidores a la labor mecánica, como se recoge en la memoria de la compañía de 1893: «Esta verdadera revolución en el modo de producir requiere, para ser un hecho, todo el tiempo que reclaman las reformas trascendentales que se plantean con prudencia para no fracasar en el empeño.»

La producción manual continuó porque se demandaba en el mercado, y porque una mecanización total llevaba aparejado un coste social que ni la compañía ni el Gobierno podían asumir. No obstante, la CAT sabía que una mayor aceptación de la labor mecánica que produciría un incremento en la productividad y, por tanto, mayores beneficios que la manual, era cuestión de tiempo, por lo que no expulsó a ninguna cigarrera, pero tampoco admitió a ninguna, esperando a que su número fuera descendiendo de manera natural, como se observa en el gráfico 1. El congelar la admisión continua de aprendizas, de las hijas de las cigarreras, que había sido la pauta hasta entonces, fue una de las medidas más radicales que tomó la compañía en confrontación con las operarias. Aunque polémica, esta medida se convirtió en la más poderosa arma negociadora de la compañía para con las cigarreras, ya que éstas seguían generalmente los dictados de su modelo de economía familiar y no el de los sindicatos. No admitir aprendizas significaba atentar contra el sistema de economía familiar de estas trabajadoras donde familias completas eran dependientes de una renovación laboral que pasaba de generación en generación, y en torno a las cuales giraba todo el sostenimiento económico de grupos familiares que iban más allá de la familia nuclear. De hecho, la introducción de máquinas en los talleres de las fábricas en torno a 1909 sin ninguna oposición de las trabajadoras —excepto en la fábrica de Alicante—, sólo se explica a través de la congelación de admisiones que impuso la CAT durante casi veinte años. Así pues, en la fábrica de Sevilla las mismas cigarreras que en 1885 se habían amotinado simplemente por el rumor de entrada de máquinas, pedían explícitamente la instalación de talleres mecánicos en 1909. La dirección había dejado claro dos cosas: que las máquinas sólo se instalarían si así lo solicitaban las operarias para evitar cualquier tipo de conflicto o destrozos del material; y que sólo si se formaban talleres

⁵¹ Este término normalmente se refiere a trabajadores cualificados en periodos de recesión que son conservados por sus empresas para ahorrar en los costes de transacción a la hora de buscar en el mercado esos trabajadores cualificados una vez la recesión haya terminado.

mecánicos se crearían nuevos puestos de trabajo en las fábricas y, por tanto, se volverían a abrir de nuevo las puertas de los talleres a las hijas de las cigarreras ⁵².

Escasez de producción e incentivos a la asistencia

El uso que de la flexibilidad laboral de las cigarreras hizo la dirección de la CAT en los años siguientes corrobora la tesis de que la industrialización del tabaco en España se realizó a través de un sistema tecno-laboral dual que combinaba la introducción de máquinas con el mantenimiento de los talleres de elaboración manual, y que permitió una transformación industrial lenta y sin traumatismos aparentes. Durante los años de la primera guerra mundial la población laboral de las fábricas había disminuido, a la vez que envejecido muchísimo, a pesar del ingreso de aprendizas entre 1909 y 1912, tal y como se observa en el gráfico 1. La experiencia de la implantación de los talleres de cigarros semimecánicos —entre 1909 y 1912— había demostrado que las máquinas podían ser bienvenidas en las fábricas si se combinaban con el ingreso de aprendizas, y que, por tanto, se podían instalar sin temor a motines y huelgas. Igualmente, los consumidores también iban aceptando mayormente las labores mecánicas que a su vez se iban perfeccionando y que la CAT iba ajustando a las preferencias de los consumidores. En realidad, aunque las operarias que entraron para los nuevos talleres mecánicos también fueron entrenadas en las tareas manuales, la CAT tenía claro que no admitiría aprendizaje alguna a no ser que estuviera directamente relacionada con la instalación de nuevos talleres mecánicos ⁵³.

Ésa era la coyuntura cuando estalló la primera guerra mundial que supuso un duro revés para la CAT, no sólo por el aumento de los precios de los fletes —y, por tanto, el encarecimiento de la materia prima que seguía siendo una de las partidas mayores de los gastos de esta industria—, sino porque supuso un parón en las importaciones de maquinaria y, en

⁵² Archivo Fábrica de Tabacos de Sevilla. Leg. 761, diciembre de 1908.

⁵³ Oficialmente, la CAT temía perder la cualificación de la hechura manual en caso de que hubiera un cambio o involución en el desarrollo del consumo. No obstante, también hay que tener en cuenta que en un sistema de producción basado en la flexibilidad, a la CAT le interesaba que las operarias fueran intercambiables entre los talleres. Además durante los dos años que duraba el aprendizaje las operarias cobraban un salario menor, y era posible detectar a las más hábiles para los talleres de cigarros que seguían siendo manuales o semi-mecánicos.

consecuencia, en la mecanización de las fábricas. Aunque es difícil de probar, es muy posible que el contrabando también se viese afectado por la guerra y que contribuyese a recrudecer la insuficiencia en la producción que la CAT volvió a sufrir durante los años de la guerra y la postguerra. Nuevas máquinas no podían importarse, introducir nuevas cigarreras manuales hubiera llevado tiempo y sobre todo habría dado al traste con el esfuerzo de muchos años de sustituir la mano de obra manual por la mecánica. La CAT sabía lo difícil que hubiera sido para cigarreras que hubieran empezado a trabajar con un sistema de producción manual, donde todas se sentaban en grupo en torno a una mesa, cambiar a las máquinas. Por lo tanto, la solución que mejor se adecuaba a las circunstancias era la de utilizar al máximo de su capacidad la mano de obra de que se disponía en ese momento ⁵⁴. La solución se la dieron tal vez, o al menos la facilitaron, las propias cigarreras al demandar una subida de los «premios de elaboración» o precio del destajo. La inflación y las crisis de subsistencia provocadas por la guerra hicieron mella, como era de esperar, en las clases obreras. Fueron motivos externos a los cambios de producción y a la industrialización del tabaco los que llevaron a las cigarreras a la huelga después de años de paz en las fábricas, y a sindicarse.

La medida implantada por la dirección como respuesta a las peticiones de las cigarreras no sólo solucionaba el problema del incremento en la remuneración de las trabajadoras, sino que ayudaba a aliviar la escasez de producción que se vivió en las fábricas en aquellos años. En vez de incrementar el valor del destajo, la CAT introdujo una parte fija en la remuneración que llamó subvención por asistencia: sólo las cigarreras que aparecieran por las fábricas cobrarían esa subvención, que comenzó siendo de 0,5 pesetas diarias en 1917 pasando en unos meses a ser de 2 pesetas al día, que suponía, dependiendo de la cigarrera, entre un tercio y la mitad de su jornal, y llegando a las 5 pesetas en los años treinta, superando en todos los casos el 50 por 100 del jornal. Este claro incentivo a la asistencia, contrario a la permisividad de los años anteriores, que suponía un incentivo al absentismo, muestra cómo la CAT jugó con la flexibilidad de estas trabajadoras, para quienes el trabajo en la fábrica siempre supuso un balance entre tiempo y dinero para el mantenimiento de la economía doméstica. De hecho, la producción se recuperó, los jefes de las fábricas y las cigarreras fueron felicitados por la dirección de la compañía y los

⁵⁴ Hubo también soluciones exógenas como contratos con compañías extranjeras para producir cigarrillos. Gálvez (1998), p. 286.

índices de absentismo se colocaron en esos años, para la fábrica de Sevilla, que es para la que se tienen datos diarios, por debajo del 10 por 100. Igualmente, muestra el triunfo del sistema de producción mecánico y uniforme sobre el manual, donde las cigarreras ya no controlaban el aprendizaje y, por tanto, el proceso de producción.

Sobreproducción, inestabilidad política y promoción del absentismo

No obstante y aunque las cigarreras dejaron de controlar el sistema de producción, la CAT continuó beneficiándose de la flexibilidad de las cigarreras y el que éstas antepusieran las necesidades de la economía familiar a los dictados del sindicato para mantener la paz social, sobre todo en años de fuerte conflictividad social como los años de la Segunda República.

En los años treinta, el problema de la escasez de producción se había invertido y existía el peligro de la sobreproducción. Para entonces, la producción mecánica era la principal en las fábricas gracias a la introducción de maquinaria masivamente durante los años veinte y de aprendizas para los talleres mecánicos. El mantenimiento de los talleres manuales era una medida temporal y residual. De hecho, la CAT estaba esperando que el Gobierno aprobase una ley de jubilación obligatoria para los trabajadores de la renta de tabacos a la edad de 67, con lo que se pretendía reducir al mínimo los talleres de elaboración manual donde estaban concentradas las cigarreras de edades más avanzadas. Mientras la ley era aprobada por el Gobierno, la CAT incentivó el absentismo entre las cigarreras, especialmente las manuales, a través de negligencia en la concesión de permisos por enfermedad que no correspondían con verdaderas enfermedades. De esa forma, las cigarreras recibían un subsidio diario de enfermedad de cinco pesetas hasta tres meses que coincidía con la parte fija del jornal, que se había mantenido e incrementado desde que se instaurase durante la primera guerra mundial, y la CAT se ahorra la otra parte del jornal, la correspondiente al destajo. De esta forma se evitaba la sobreproducción y, sobre todo, las revueltas obreras durante los años de la Segunda República, que la expulsión del personal manual sobrante hubiera provocado. Esta incentivación a las faltas de asistencia tan beneficiosa para las trabajadoras, siendo en aquellos años 7,17 pesetas el jornal medio incluidas las 5 pesetas de la parte fija, también podría haber funcionado con trabajadores masculinos, teóricamente menos flexibles, aunque socialmente

hubiera tenido un impacto diferente. No obstante, la manera en que el problema de la sobreproducción y el retraso en la aprobación de la ley de jubilación obligatoria quedó resuelto para la CAT, sin mediación de los sindicatos y sin revueltas de importancia, sí hay que relacionarlo con el género de las cigarreras. La concesión de permisos de enfermedad que no se correspondían con verdaderas enfermedades salió a la luz por una denuncia realizada por el sindicato de cigarreras y tabaqueros, Nicot —nombre de la sección de Sevilla—, al jefe de la fábrica de Sevilla. Esta denuncia se realizó justo después de que los médicos rechazasen una invitación del sindicato para afiliarse al mismo. El hecho de que la compañía reconociese que era una práctica muy extendida y no tomase ninguna medida para frenarla muestra la connivencia que la CAT mostró en esos años con las faltas de las cigarreras promoviendo el absentismo. Y el hecho de que, entre más de dos mil obreros, la denuncia estuviese firmada sólo por setenta y cuatro, y sólo dos mujeres entre ellos, siendo éstas la mayoría, demuestra cómo las cigarreras antepusieron la necesidad del tiempo para la economía doméstica a los dictados del sindicato ⁵⁵. Aunque la medida de la CAT fuera una medida transitoria, hay que entenderla dentro del régimen de monopolio que disfrutaba la compañía y que le reportaba beneficios extraordinarios que podía invertir en mantener la paz en las fábricas.

4. CONCLUSIÓN

Las innovaciones tecnológicas que se introdujeron dentro de la industria del tabaco desde finales del siglo XIX tuvieron un efecto de ahorro en trabajo en las fábricas españolas que podía haber perjudicado enormemente a una compañía como la CAT, que gestionaba un monopolio público, si no hubiera sido por las ventajas económicas, y sobre todo políticas, que le reportó la flexibilidad y la falta de militancia sindical hasta los años de la primera guerra mundial de la mano de obra femenina. El hecho de que la misma tecnología tuviera distintos efectos y se introdujera de

⁵⁵ La gran mayoría de las cigarreras se afilió al sindicato de Cigarreras y Tabaqueros durante las crisis de subsistencia de la primera guerra mundial y la postguerra. La ley de jubilación obligatoria para los empleados de la renta mayores de sesenta y siete años se aprobó en 1936 pero el comienzo de la guerra civil pospuso su puesta en marcha hasta los años cuarenta, Gálvez (1998), pp. 309-311.

forma distinta en otros países corrobora que el presupuesto teórico de ésta tiene que ser entendido como un sistema ⁵⁶.

En este análisis, el género de la mano de obra es fundamental para entender el mantenimiento del arriendo por la CAT y el modelo de modernización impuesto. Igualmente, la introducción del género como una herramienta de análisis cambia la interpretación de la gestión de la CAT como una gestión pasiva. Bajo el doble enfoque teórico de entender la tecnología como un sistema y de distinguir entre las características supuestas a mujeres y a hombres en los mercados de trabajo se profundiza en la gestión de la CAT, sobre todo en lo referente a la tensión entre rentabilidad pública y privada. Fue en la organización del trabajo donde la CAT pudo ver de forma más conflictiva y, por tanto, explícita su libertad de gestión constreñida, pero también fue en ese ámbito donde mejor mostró su capacidad de adaptación empresarial al sacar el mayor provecho adecuándose a las restricciones impuestas por el Gobierno o por la responsabilidad pública que la gestión de un monopolio estatal le suponía. Quizás este trabajo pueda servir para evitar considerar como obvias las diferencias de género y reflexionar sobre otras empresas y sectores industriales en los que el uso de mano de obra mayoritariamente masculina o femenina puede servir para profundizar en la explicación del ritmo y del modelo de industrialización que se impuso.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDFORD, B. (1973): *WD & HO Wills and the Development of the U.K. Tobacco Industry, 1786-1965*, Londres, Methuen & Co.
- ALONSO, L. (1993): «La modernización de la industria del tabaco en España, 1800-1935», *Programa de Historia Económica*, Madrid, Fundación Empresa Pública, Documento de Trabajo 9304.
- (1998): *As tecedeiras do fume*, Vigo, Edicions A Nosa Terra.
- ARENAS, C. (1993): *Sevilla y el Estado (1892-1923). Una perspectiva local de la formación del capitalismo en España*, Tesis de Doctorado, Universidad de Sevilla (publicada 1995, Sevilla: Universidad de Sevilla).

⁵⁶ En otros monopolios, como Italia, hubo un incremento de la mano de obra femenina en consonancia al aumento del consumo de labores de humo liadas en las fábricas. En Estados Unidos, dentro de un mercado libre, los productos, los sistemas de producción y, por tanto, la mano de obra entraron en competencia feroz durante el proceso de industrialización. Talleres que funcionaban con mano de obra cualificada masculina pasaron a tener mano de obra femenina que se concentró en fábricas para la elaboración de cigarrillos mecánicos. Gálvez (1998), pp. 322-324.

- BAENA, E. (1993): *Las cigarreras sevillanas. Un mito en declive. 1887-1923*, Málaga, Universidad de Málaga.
- BEECHY, V., y PERKINS, T. (1987): *A matter of hours. Women, Part-time work and the Labour Market*, Cambridge, Polity Press.
- BERG, M. (1985): *The age of manufactures. Industry, Innovation and Work in Britain. 1700-1820*, London, Fontana Press.
- (1993): «What difference did women's work make to the Industrial Revolution?», *History Workshop Journal*, núm. 35, pp. 22-44.
- BONET CORREA, A. (1984): «La Fábrica de Tabacos de Sevilla, primer edificio de la arquitectura industrial en España», *Sevilla y el Tabaco*, Catálogo de la Exposición, Sevilla, pp. 46-65.
- BRADLEY, H. (1986): «Technological Change, Managerial Strategies, and the Development of Gender-Based Job Segregation in the Labour Process», en D. KNIGHTS y H. WILLMOTT (eds.), *Gender and the Labour Process*, Adershot, Gower.
- BRAVERMAN, H. (1974): *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press.
- BROWN, M., y PHILIPS, P. (1986): «Craft Labor and Mechanization in Nineteenth-Century American Canning», *Journal of Economic History*, vol. XLVI, núm. 3, pp. 743-756.
- BURNETTE, J. (1997): «An investigation of the Female-Male Wage Gap During the Industrial Revolution in Britain», *Economic History Review*, núm. 2, pp. 257-281.
- CAMPS, E. (1995): *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo.
- CANDELA, P. (1997): *Trabajo y vida en la experiencia laboral de las cigarreras madrilenas, 1888-1927*, Madrid, Tecnos.
- CARMONA, S., EZZAMEL, M., y GUTIÉRREZ, F. (1997): «Control and Cost Accounting Practices in the Spanish Royal Tobacco Factory», *Accounting, Organizations and Society*, vol. 22, núm. 4, pp. 411-446.
- CASTANEDA, J. (1985): *El consumo de tabaco en España y sus factores*, Madrid, Reedición de Tabapress (1.ª ed., 1945).
- CHANDLER, A. (1977): *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- (1990): *Scale and Scope. The Dynamics of Industrial Capitalism*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- CLARCK, G. (1994): «Factory Discipline», *Journal of Economic History*, núm. 54, pp. 128-163.
- COMÍN, F. (1991): «Los monopolios fiscales», en COMÍN, F., y MARTÍN-ACENA P. (dirs.), *Historia de la Empresa Pública en España*, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1996): «La empresa pública en la España contemporánea: formas históricas de organización y gestión», en COMÍN, F., y MARTÍN-ACENA, P., *La empresa en la historia de España*, Madrid, Civitas.
- COMÍN, F., y GÁLVEZ, L. (1999): «Business and Government: Labour Management in the Spanish Tobacco Monopoly (1887-1935)», *Proceedings Business and Society EBHA Conference*, Rotterdam.

- COMÍN, F., y MARTÍN-ACENA, P. (1999): *Tabacalera y el estanco del tabaco en España 1636-1998*, Madrid, Fundación Tabacalera.
- COOPER, P. A. (1987): *Once a cigar maker: Men, Women and Work Culture in American Cigar Factories, 1910-1919*, Urbana, University of Illinois Press.
- CREIGHTON, C. (1996): «The Rise of the Male Breadwinner Family: A Reappraisal», *Comparative Studies in Society and History*, núm. 38, pp. 310-337.
- DELGADO, E. (1892): *La Renta de tabacos*, Madrid, Tipografía Manuel Ginés Hernández.
- (1900), *La Compañía Arrendataria de Tabacos*, Madrid, Tipografía Manuel Ginés Hernández.
- DRYGULSKY WRIGHT, B., et al. (eds.) (1987): *Women, Work and Technology*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- EVANS, W. D. (1938): *Effect of mechanization in cigar manufacture*, United States Department of Labor, Bureau of Statistics, Bulletin N.º 660, september, United States Government Printing Office, Washington.
- FIELD-HENDREY, E. (1998): «The Role of Gender in Biased Technical change: U.S. Manufacturing, 1850-1919», *The Journal of Economic History*, vol. 58, núm. 4, pp. 1090-1109.
- FOLBRE, N. (1980): «Patriarchy in Colonial New England», *The Review of Radical Political Economics*, 12:2, pp. 4-75.
- GALVEZ, L. (1997a): «Breadwinning patterns and family exogenous factors: The Tobacco Factory of Seville workers during the industrialization process (1887-1945)», *International Journal of Social History*, vol. 42, pp. 87-128.
- (1997b): *La mecanización en la fábrica de tabacos de Sevilla bajo la gestión de la Compañía Arrendataria de Tabacos, 1887-1945*, Fundación Empresa Pública, Madrid, Documento de Trabajo 9709.
- (1998): *Familia y Mercado. El género en el proceso de industrialización de la fábrica de tabacos de Sevilla, 1887-1945*, Tesis doctoral, Instituto Universitario Europeo, Florencia (una versión modificada, en prensa: *La Compañía Arrendataria de Tabacos 1887-1945: Cambio Tecnológico y Empleo Femenino*, Madrid, LID).
- GARCÍA DE TORRES, J. (1884): *Las rentas estancadas. Apuntes históricos, observaciones y datos estadísticos*, Madrid, Imprenta de Juan Nalguera a cargo de M. Martínez.
- GOLDIN, C. (1991): *Understanding the Gender Gap*, Nueva York, Oxford University Press.
- GUILLÉN, M. (1994): *Models of Management. Work Authority, and Organization in a Comparative Perspective*, Chicago, The University of Chicago Press.
- HATT, S. (1997): *Gender, Work and Labour Markets*, Londres, McMillan Press.
- HORRELL, S., y HUMPHRIES, J. (1997): «The Origins and Expansion of the Male Breadwinner Family. The case of Nineteenth-Century Britain», *International Journal of Social History*, vol. 42, pp. 25-64.
- HUMPHRIES, J. (ed.) (1995): *Gender and Economics*, Cheltenham, Edward Elgar Publishing Limited.
- JORDAN, E. (1989): «The exclusion of women from industry in nineteenth-century Britain», *Comparative Studies in Society and History*, 31:2, pp. 273-96.
- KESSLER-HARRISS, A. (1993): «Treating the Male as Other: Redefining the Parameters of Labour History», *Labor History*, vol. 34, pp. 190-204.

- KWOLEK-FOLLAND, A. (1998): *Incorporating Women. A History of Women and Business in the United States*, New York, Twayne.
- LAZONICK, W. (1979): «Industrial Relations and Technical Change: the Case of the Self-acting Mule», *Cambridge Journal of Economics*, III, pp. 231-62.
- (1990): *Competitive Advantage on the Shop Floor*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- (1991): *Business Organization and the Myth of the Market Economy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- LIPARTITO, K. (1994): «When Women Were Switches: Technology, Work and Gender in the Telephone Industry, 1890-1920», *American Historical Review*, octubre, pp. 1075-1111.
- LÓPEZ, S., y VALDALISO, J. (1997): «Introducción: Hacia una Historia Económica Evolutiva», en LÓPEZ, S., y VALDALISO, J. M., *¿Que inventen ellos? Tecnología, empresa y cambio económico en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, pp. 19-49.
- McGAW, J. (1987): *Most Wonderful Machine: Mechanization and Social Change in Berkshire Paper Making, 1801-1885*, Princeton, Princeton University Press.
- MONICA, M. F. (1992): *O Tabaco e o Poder. 100 anos da Companhia dos Tabacos de Portugal*, Lisboa.
- NÚÑEZ, C. E. (1992): *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España Contemporánea*, Madrid, Alianza.
- PÉREZ VIDAL, J. (1966): *La industria tabaquera española a través de las fábricas de Sevilla*, Madrid, CSIC, Centro de Estudios de Etnología Peninsular.
- PIORE, M., y SABEL, C. (1984): *The Second Industrial Divide: Possibilities for Propensity*, Nueva York, Basic Books.
- PRUS, M. (1990): «Mechanization and the gender-based division of labour in the U.S. cigar industry», *Cambridge Journal of Economics*, núm. 14, pp. 63-79.
- RODRÍGUEZ GORDILLO, J. M. (1977): «Sobre la industria sevillana del tabaco a fines del siglo XVII», *Cuadernos de Historia*, VII, CSIC.
- (1984): «La Real Fábrica de Tabacos de Sevilla», *Sevilla y el Tabaco*, Catálogo de la Exposición, Sevilla.
- ROSE, S. O. (1988): «Gender Antagonism and Class Conflict: Exclusionary Strategies of Male TradeUnionists in Nineteenth-Century Britain», *Social History*, 1988, 13:2, pp. 191-208.
- ROSES, J. R. (1998): «Measuring the contribution of human capital to the development of Catalan factory system (1860-1861)», *European Review of Economic History*, 2 (1), pp. 25-48.
- SANTIAS, A. (1921): *La Renta del tabaco en España*, Madrid.
- SARASÚA, C. (1995): *The rise of the wage worker. Peasant families and the organization of work in Modern Spain*, Tesis de Doctorado, Instituto Universitario Europeo, Florencia.
- (1997): «The role of the state in shaping women's and men's entrance into the labour market: Spain in the eighteenth and nineteenth centuries», *Continuity and Change*, núm. 12 (3), pp. 347-371.
- (1999): Del Subempleo agrario y femenino al desempleo, *Seminario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, 8 y 9 de abril de 1999.

- SCOTT, P. (1999): «Women, other fresh workers, and the new manufacturing workforce in interwar Britain», *University of Portsmouth*, Discussion Papers, Department of Economics, number 127.
- SCRANTON, P. (1991): «Diversity in Diversity», *Business History Review*, núm. 57, pp. 27-90.
- (1997): *Endelss Novelty. Specialty production and American industrialization, 1865-1925*, Princeton, Princeton University Press.
- TANNEN, M. (1992): «Women's Earnings, Skills, and Nativity in the Progressive Era», *Explorations in Economic History*, núm. 19, pp. 128-155.
- TATE, C. (1999): *Cigarette Wars. The Triumph of «The Little White Slaver»*, New York, Oxford University Press.
- TORRES, E. (1998): *La Fundación de la Compañía Arrendataria de Tabacos*, Madrid, Fundación Empresa Pública, Documento de Trabajo 9808.
- VALDÉS CHAPULI, C. (1989): *La Fábrica de Tabacos de Alicante*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo.
- VON TUZELMAN, G. (1995): «Time-saving Technical Change: the Cotton Industry in the English Industrial Revolution», *Explorations in Economic History*, núm. 32, pp. 1-25.
- WALBY, S. (1986): *Patriarchy at Work, Patriarchal and Capitalist Relations in Employment*, Cambridge, Polity Press.
- (1997): *Gender Transformations*, Londres, Routledge.
- YEAGER, M. A. (ed.) (1999): *Women in Business*, Cheltenham, Edward Elgar Publishing Limited.
- ZEITLIN, J., y SABEL, C. (1985): «Historical Alternatives to Mass Production», *Past and Present*, núm. 108, pp. 133-76.